

“Ser mayor, ser mujer en Gaza: ¿cómo es la vida hoy en Gaza?” Amira Hass, Haaretz, 6.7.2025

Introducción

Bienvenidas y bienvenidos a “Ojos sobre Gaza”, nuestro encuentro diario que combina protesta y aprendizaje. Hoy nos acompaña Amira Hass, periodista, columnista y activista que desde hace muchos años informa sobre la sociedad palestina para Haaretz. Entre 1993 y 1997 vivió en Gaza y siguió visitándola de forma regular mientras fue posible. Hasta el día de hoy mantiene numerosos vínculos y amistades en Gaza. El título de su charla es: “Ser mujer, ser mayor en Gaza: ¿cómo es la vida hoy en Gaza?”. Gracias, Amira, por acompañarnos.

Conferencia

Gracias, Ayelet, y gracias a todas y todos por estar aquí. Solo una aclaración: no cubro a la Autoridad Palestina; informo sobre la ocupación israelí a través de las vidas de las y los palestinos que viven bajo ella. No traigo diapositivas ni imágenes satelitales. Les pido que utilicen su imaginación —o que recurran a sus propios recuerdos y experiencias como hijas, nietas, hijos o nietos— mientras intento transmitir la realidad tal como me llega a través de mis amistades en Gaza.

Hace unos dos meses falleció en Gaza la madre, de 85 años, de un amigo mío. Su muerte, a esa edad, no fue una tragedia. Yo la conocía y la quería. Sus abrazos y caricias eran los de una madre. En los últimos años tenía dificultades para caminar y había perdido la vista, pero siempre sentí que seguía mirando el mundo con curiosidad y con una **sonrisa sabia**: la sonrisa de quien fue expulsada de su aldea a los ocho años y aun así logró construir una vida. No sabía leer ni escribir, pero trabajó toda su vida para que sus hijos —y más tarde sus nietos— pudieran acceder a la educación. Nunca se quejó de los numerosos dolores físicos que padecía.

La guerra la sorprendió cuando tenía 84 o 85 años. Como tantas otras personas desde el inicio del conflicto, su familia tuvo que desplazarse en múltiples ocasiones: de una zona relativamente abierta a la antigua casa familiar en el campo de refugiados de Shati; de allí, bajo bombardeos, a una escuela en el centro de la Franja de Gaza; luego a una vivienda en Rafah; y finalmente a una tienda en Al-Mawasi. En cada traslado, la prioridad era encontrar la manera de moverla sin causarle dolor: cómo cargarla, dónde colocarla. No podía caminar ni siquiera 500 metros. Su silla de ruedas no podía avanzar por lo que antes eran carreteras y que ahora eran escombros y arena tras repetidos bombardeos. Había que llevarla en brazos, salvo que un coche o un carro pudieran llegar hasta el punto exacto donde se encontraban. En cada nuevo refugio había que improvisar una cama para que pudiera recostarse, y en cada sitio descubrían que no había suficientes medicamentos para sus enfermedades crónicas. Multipliquen su caso por decenas de miles.

Este amigo me relató con detalle las dos preocupaciones que más lo angustiaban. La primera: en la escuela donde buscaron refugio, unas 800 personas debían compartir un solo sanitario. Me describió con detalle situaciones que prefiero omitir. Su desafío constante era evitar que su madre tuviera que pasar por ese suplicio. Por las noches, cuando le resultaba extremadamente difícil levantarse de la cama, era imprescindible conseguirle pañales para adultos, que se agotaban rápidamente o alcanzaban precios prohibitivos, superiores incluso a los de los pañales para bebés. También debía procurar que bebiera suficiente agua, aunque sé por otros testimonios que muchas personas mayores optaban por beber menos agua. La escasez de agua potable y la necesidad de contenerse para no afrontar largas esperas o desplazamientos nocturnos hasta letrinas públicas lejanas provocaron, en numerosos casos, muertes derivadas de la combinación de deshidratación y envenenamiento interno.

Antes de la guerra, el 3 % de la población de Gaza —unas 70,000 personas— tenía más de 65 años. No todas estaban en una situación tan delicada como la madre de mi amigo. Supongamos que solo medio por ciento —12 000 personas— eran especialmente vulnerables. Entre ellas, conozco personalmente a cuatro mujeres y un hombre —padres de amigas y amigos míos— que murieron durante la guerra. No a causa de bombardeos, sino por razones como las que acabo de describir: una por una combinación de cáncer y desgarró emocional, otra por hipertensión y desgarró emocional, otro tras un accidente cerebrovascular. Todos tenían más de 85 años. Cuatro de ellos habían sido desplazados en 1948. La tragedia no es su muerte en sí, sino la crueldad a la que fueron sometidos en su último año y medio de vida. Nunca olvidaré el rostro de una de ellas, que falleció hace apenas un mes. La vi en un vídeo que recibí: su barrio, en el campo de refugiados de Yabalia, había sido bombardeado, y dos vecinas cercanas la llevaban en brazos —casi suspendida en el aire— intentando huir entre el polvo y las cenizas. Era una mujer muy fuerte, pero el terror en su rostro era inconfundible.

Ese amigo —el primero del que les hablé— había logrado salir de Gaza con su esposa e hijos unos meses antes. Su madre y sus hermanos regresaron a la casa familiar en Shati, lo que fue casi un milagro: la vivienda había quedado medio en pie y pudieron volver. Fue un gran alivio, sobre todo porque podían garantizarle a su madre acceso a baño y ducha. Lo llamé para darle el pésame cuando supe que ella había fallecido, y me dijo lo que temía escuchar. Pese al dolor y la añoranza, sintió alivio. Esta vez no habló del agua ni de los baños. Dijo que uno de sus mayores temores era que, cuando el ejército emitiera otra orden de evacuación —en el lenguaje edulcorado del propio ejército y de los medios israelíes: “reubicación”, “traslado” o “movimiento”—, en medio del caos y el pánico se olvidara llevar a su madre, o no hubiera forma de cargarla, y que se quedara sola y muriera bajo los bombardeos, sin poder moverse ni cuidarse por sí misma, aunque no recibiera un impacto directo.

De las penurias acumuladas que enfrentan las mujeres se habla aún menos, especialmente en una sociedad patriarcal y conservadora. Comenzaré por lo evidente: en estas condiciones, las mujeres trabajan siete veces más. Limpian, cocinan, hacen las compras: lo que ya hacían antes, solo que ahora todo requiere mucho más tiempo y energía, y cuando las fuerzas se agotan, la improvisación constante se vuelve indispensable. Una amiga me contó que ese día estaba cocinando habas. No de lata, sino secas: primero había que conseguir agua para remojarlas y luego cocinarlas. Sin gas, se recurría a lo que cada quien improvisaba: algún tipo de hornillo o algo para encender fuego. Después había que buscar leña, y así sucesivamente. No creo que la guerra haya hecho que los hombres asuman muchas más tareas domésticas o en la tienda-refugio. Aunque, siendo justas, ir a buscar agua potable en los puntos de purificación de agua salobre, o recoger paquetes de comida en los peligrosos centros de distribución de ayuda, se ha convertido en un trabajo de tiempo completo —y letal—, que realizan sobre todo hombres y niños.

Pero hay algunas cuestiones básicas de las que casi no se habla. Todas las mujeres palestinas en Gaza deben —y también quieren— cubrir todo su cuerpo y su cabeza cuando están en espacios públicos. En casa pueden llevar shorts y el cabello descubierto. Pero hoy en Gaza no hay espacios privados: desde la tienda de campaña a la que cualquiera puede asomarse, hasta el apartamento medio derruido en el que se hacían veinte miembros de la familia extensa. Por eso, las mujeres no se quitan las capas de ropa que llevan encima. Imaginen el calor de Gaza, la humedad, la escasez de agua y la ausencia casi total de lugares para bañarse. No es de extrañar que hayan aparecido enfermedades de la piel que cuesta incluso imaginar.

Todo lo que mencioné sobre los baños y la higiene de las personas mayores se aplica también a las mujeres. Ellas se contienen más que los hombres para no hacer sus necesidades. Uno de los artículos que escaseó desde el principio fueron las compresas higiénicas. Imaginen su sufrimiento durante la menstruación, cuando además no podían ducharse: ya fuera porque no había ducha en la tienda, porque no hay agua, o por ambas razones.

Estamos hablando de calles por las que corre el alcantarillado a cielo abierto, con montones de basura y nubes de mosquitos y moscas sobre ellos. Los hombres y los niños pueden meterse medio desnudos en el mar; las mujeres y las niñas, no. Sé de infecciones que se han desarrollado y de las que ellas sufren con una frecuencia varias veces mayor que en tiempos normales.

Las mujeres, además, siguen quedando embarazadas y dando a luz en medio de este infierno. Hay quienes lo interpretan como una prueba de vitalidad y de deseo de vivir, con la esperanza de que el horror termine pronto. Yo soy algo escéptica respecto a esa explicación, o sospecho que no se aplica a todas. Más bien, lo cierto es que no hay acceso a métodos anticonceptivos y que no existe una exigencia social, cultural o religiosa pública dirigida a los hombres para que se abstengan. Así, las mujeres se encuentran embarazadas en un escenario de guerra, sabiendo que su bebé ya sufre desnutrición antes de nacer.

Y todo esto es solo la punta del iceberg.